

*Cuando llegamos. Experiencias migratorias.* Gerardo Piña-Rosales (Ed.). New York. ANLE, 2020. ISBN 978-0-9993817-2-4. Library of Congress Control Number: 2018908090. Pp. 166.

**C**uando uno sale de su lugar, de su terruño, por más veces que uno se diga que en su día volverá, en su fuero interno sabe que regresará a su país, pero que retornará de nuevo al de acogida por razones miles, quizá las mismas que provocaron su autoexilio. A partir de aquí, cualquier persona medio sensible, aunque construya su familia en el país de acogida, vivirá en la nostalgia. Ese será su pan nuestro de cada día, ese recuerdo a la patria lejana será su desayuno, casi como una condena. Se puede decir que sea lo que Dios quiera, se puede decir Peter Pan nos salvará, no tanto de los piratas, cuanto de la morriña, saudade, melancolía o como quiera llamarse ese sentimiento de alejamiento de las raíces para echarlas en otro lugar que, siendo de uno, tampoco es el suyo.

En mi época de estudiante, allá por los años 50 del pasado siglo, viajaba desde mi casa de Lorca hasta el colegio en el que iba a residir en la cercana y lejana Murcia hasta las próximas vacaciones. Pero eso no impedía que mi corazón estuviese en Lorca y mi cuerpo en Murcia. Así que, al regresar en aquel tren que te dejaba manchado de carbonilla, me emocionaba cuando, a lo lejos, encima de aquella montaña elevada, aparecía el castillo, símbolo de cuanto significaba el terruño. Es más, esa veta sentimental hizo que, cuando fui a tomar posesión de mi primer destino docente fuera de ese terruño, habiendo salido de mi casa y de mi parentela un jueves, el domingo siguiente, o sea, a los tres días, ya estaba de nuevo en casa para decirle a mi madre que podía seguir disponiendo de mí como si estuviera a su lado y que la distancia no significaba mi olvido.

Son dieciocho los personajes que ocupan el espacio espiritual de este libro afortunado. A estos personajes nadie les ha preguntado

si aplicaron esa máxima de decir que sea lo que Dios quiera o si Peter Pan, siendo ya personas maduras, se dedicó a salvarlos o no de cuanto riesgo suponía la aventura esa de irse a tierra lejana en busca de lo que fuera: estabilidad cívica, participación política, desarrollo intelectual o incluso búsqueda de un bien material del que cada uno carecía en su país, en su terruño, dulce y acogedor como el halda de la madre, siempre con las manos cruzadas sobre ese simbólico regazo.

Al repasar la nómina de los escritores que decidieron hacer públicos sus sentimientos a la llegada al país de acogida, el enorme, desde esta orilla, país que es Estados Unidos, he comprobado que alguno de ellos ya ha fallecido, como Carlos Mellizo, al que hace prácticamente nada, quizá 2018 ó 2019, le había hecho una reseña cuando se publicó su traducción de *Leviatán* de Thomas Hobbes. Y, al leer su egodocumento, me ha surgido una pregunta. A él le escribían desde allí, desde Olmedo, contándole las muertes de personajes conocidos desde su infancia, compañero suyos, familiares. Pero, ¿quién va a contar a los habitantes amigos de Olmedo su reciente fallecimiento? Y esto lo hago extensivo para todos. ¿Quién va a saber qué de aquel fulano que se fue y de él nunca más se supo? Era de aquí y de allí, o, como se decía antiguamente, de Santa María de “to” el mundo. No sé por qué, al abrir el libro, pensé en los que conocía, Marina Martín, experiencia sentida la suya, Gerardo Piña-Rosales, quien cuenta que cruzar la frontera es enfrentarse a la muerte. Pienso también en alguno que conocí en Lorca o en Segovia, cuando el congreso de ALDEEU. Y he mirado la lista de los que vinieron al congreso de Lorca. Pero, mientras estoy contando algo de ese libro terrible por sensible, hecho de renuncias y de amor por la nueva tierra, me he dado cuenta de que, al leer cada una de esas experiencias, contadas cada uno según su autor, todos y cada uno ya son conocidos míos, porque he sufrido la misma experiencia que cuenta mientras le leía. Porque su narración, tanto por su literatura cuanto por su emocionada y emocionante motivación, me ha ganado y hecho comprender, por si me faltaba aprender algo, la pasta de la que estamos hechos, hombre y mujeres del mundo, para, sin olvidar el canto del mirlo en el jardincillo lugareño, sin olvidar esas nubes casi doradas o amarillentas de la aurora mañanera mientras el sol entraba por la ventana abierta a la vida, amar otro paisaje en el que el cada día era -fue- una aventura interiorizada por lo que iba a acontecer, dolorosa también por lo que

se dejaba atrás, por el precio pagado por conseguir eso que parecía al alcance de la mano.

Soliloquios aparte, es un libro que debería poder ser leído por casi todo el mundo de la diáspora a causa de la lección de vida que es. Es el libro que narra la fe en el mundo, la fe en el hombre, la fe en la vida, pese a su dureza, pese a cuanto hay que dejar atrás, pese a cuanto de sentimiento es necesario domeñar. Es un libro que, posiblemente sin buscarlo, deja una enseñanza: lo que cuesta conseguir algo, el esfuerzo que hay que poner para no sucumbir en el trasiego de la vida diaria y, aunque permita la satisfacción, siempre queda una mirada al comienzo de esa diáspora que también une a los que al hicieron.

ALDEEU tiene un sentido especial para esta experiencia personal de las migraciones, de la diáspora, como recuerdo haber leído en el volumen 32, número especial de la primavera de 2018, que contaba con un sección especial dedicada a la *Diáspora Española: migraciones, desplazamientos, transferencias intelectuales / geográficas entre España y las Américas*, editado y dirigido por Nuria Morgado.

Así que, tras la lectura atenta de los diferentes artículos de este libro debidos a la pluma de Gerardo Piña-Rosales, Luis Alberto Ambroggio, Francisco Álvarez Koki, Guillermo Belt, Daniel R. Fernández, Manuel Garrido Palacios, Javier Junceda, Robert Lima, Marina Martín, Gioconda Martín, Carlos Mellizo, Gonzalo Navajas, Gabriela Ovando D'Avis, Alister Ramirez-Márquez, Christian Rubio, Rose Mary Salum, Tino Villanueva y Lauro Zapata, solo permanece algo un poco agridulce que muestra ambas caras de este nuevo dios Jano, la felicidad del encuentro, de lo nuevo, la nostalgia de cuanto queda atrás, de cuanto ya es pasado, sin retorno posible.

Josefina Romo, profesora también en la universidad neoyorquina en otro tiempo, muestra otras caras: la una, cuando escribe sobre la gran ciudad:

Oh la pobreza millonaria de mi presente  
en esta ciudad febril e inconstante que grita palabras extrañas, mientras yo  
siento en mis ojos la brisa de mis sueños.

(*Cántico de María Sola*, Madrid, 1950: 50)

La otra, cuando parece sentirse extraña en New York, ciudad en la que vivió desde 1952 a 1978:

Arribaste a las playas prometidas y comiste carbón y polvo; dejaste el sudor y la piel a tiras  
amontonando pequeñas monedas. (...)

Esa es tu tierra, hombre, la que parió tu carne de sus puras heridas de tierra dolorida,

que un amor fecundo de siglos y de héroes. Y tú tan solo tienes un papel con un sello, papel de ciudadano que te concede un número sobre una tierra inmensa que grita por sus poros glorias para ti extrañas del cazador intrépido, del navegante audaz y de la flecha perdida.

*(Elegías desde la orilla del triunfo, Nueva York, 1964: 81 y 83)*



El espacio permitido no puede contener un resumen de cuanto cada uno de los poetas o prosistas ha escrito para narrar su experiencia, o la experiencia de otros, con prosas más o menos tristes, más o menos resignadas, en alguna de las cuales destaca cierto sufrimiento estéril, violencia gratuita, dolor, asaltos y sobresaltos sobre los emigrantes de color, raza o país diferente que buscan una nueva vida desde un lugar menos o nada desarrollado. Es casi un alegato contra la persecución que siega vida, que las expone a la nada, a un infierno en este mundo de todos. Es una denuncia, más o menos lírica, siempre veraz y dolorida de experiencias evitables porque implican desarraigo, dolor, pobreza. Y no siempre son causas económicas las que se aducen, sino simplemente el rechazo por el rechazo, porque, es posible que un rostro ajeno indique un cierto odio cuando no un impedimento para repartir el pan nuestro de cada día.

Al final, nadie salva a nadie, ni Peter Pan ni el Dios nuestro de cada día viene como el cuervo bíblico con el pan en el pico para saciar el hambre de quien no tiene qué comer. Y solo la cultura es la que procura los medios para poder realizarse el hombre y poder, de una u otra manera legal, procurarse el pan y el companaje necesario para empezar el día como un sagrado deber para producir y ganárselo con honradez.

Este libro recoge cuanto ha de pagar el hombre y la mujer de la diáspora, del exilio, de la migración, para conseguir realizarse como persona y establecerse en un lugar, a veces un no territorio, un no lugar, en el que sus hijos echarán raíces, ellos no se considerarán extranjeros, porque en él han nacido y uno, si no quiere ser considerado un erradicado, deberá esperar el fin de sus días, siempre en tierra más o menos extraña, más o menos suya.

Ni siquiera Peter Pan ha venido nunca a salvar a nadie quizá porque él mismo necesita que le echen una mano. Pero, al menos los hombres y mujeres que han participado en este libro, han sido liberados por la literatura, por cada una de estas pequeñas joyas que hay que agradecer poder leer, porque es, nunca mejor dicho, un libro abierto a la experiencia de los hombres y mujeres aprendida de lo que otros hombres y mujeres han pasado desde el día que llegaron. Porque cuando se vayan, descansan para comenzar quizá otra diáspora sin saber a dónde.

Este libro destaca por la oportunidad de cada una de las fotografías que alumbran, que iluminan, a cada uno de los textos, algunos de los cuales releo cada noche desde que fui un afortunado al abrirle la puerta al cartero y recoger un libro que había estado perdido al menos un par de meses.

JOSÉ LUIS MOLINA MARTÍNEZ  
Universidad de Murcia



*La fugacidad del recuerdo*  
©elibeconde